

Eme Martínez Herrero

EL VERANO DE LOS CRÍPTIDOS

EDICIÓN ESPECIAL
PARA FORASTEROS



EL VERANO DE LOS CRÍPTIDOS

EL VERANO DE LOS CRÍPTIDOS

Eme Martínez Herrero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Eme Martínez Herrero, 2022

©Ilustración y maquetación de cubierta: Eicinic @awildes_, 2022

©Edición y corrección de texto: Elia Vela Laviña, 2022

©Ediciones Dorna, 2022

www.edicionesdorna.com

Impreso en España por Podiprint

ISBN: 978-84-125898-1-8

IBIC: FM

Aviso de contenido sensible: mención de suicidio, consumo de alcohol, sangre.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible contáctanos en nuestro Twitter [@EdicionesDorna](https://twitter.com/EdicionesDorna) o nuestro Instagram [@edicionesdorna](https://www.instagram.com/edicionesdorna).

¡Papá, mamá, mirad, salgo en la portada de un libro!



Prólogo

¿Conocéis el chiste del científico y la araña? Nunca me ha gustado. Un científico enseña a saltar a una araña, para luego ir arrancándole las patas una a una mientras le pide que salte. Al arrancarle la última pata y ser la araña incapaz de saltar, el científico concluye «las arañas sin patas se quedan sordas». Entiendo dónde está la gracia, pero no se la veo. Me suena más a fábula que a chiste, como si tuvieras que aprender algo de la historia. Que hay cosas que no entiendes a las que puedes hacer daño. Que quien no te entienda te lo hará.

Las manos de Julián también se movían como arañas. Es lo que recuerdo con más nitidez. Tenía los dedos largos y elegantes, llenos de movimientos nerviosos. Las manos de su hermano tenían la misma forma, pero no eran tan dinámicas ni tan atractivas. Aunque en eso no puedo ser imparcial.

Pensar en Villaverde del Campo se ha convertido en algo que mi cerebro evita, pero que algo en mí ansía a la vez. Apenas tengo recuerdos de los veranos que pasaba allí de niño, más allá de una sucesión de días anodinos bajo el sol, sin nada más allá de los muros de la piscina o de las paredes del piso de los abuelos. El pueblo era algo que solo existía de junio a septiembre y en las conversaciones al empezar el curso de «¿qué has hecho este verano?».

Dejamos de ir cuando murió la abuela y Laura aún no había nacido. Fueron buenos tiempos, tanto mi padre como mi madre tenían buenos trabajos con buenos sueldos que nos permitían viajar en verano por el país o incluso por

Europa. Pero los buenos tiempos acabaron. Y volvimos al pueblo.

En mi cabeza, cuando los recuerdos se despejan lo suficiente, lo llamo «el verano de los críptidos». Suena un poco tonto, soy consciente. Podría pensar «hace tres veranos», pero eso lo hace sonar cercano, real. Y lo fue, pero de una manera extraña. Real como que el ser humano llegara a la Luna. Real como las amistades adolescentes en un foro de Internet. No encaja del todo en la realidad, supongo. Pero pronto estaré de vuelta. Y volverá a ser totalmente real. Y acabaré con esta pesadilla, de una vez por todas.



1. Bienvenido a Villaverde

El verano de los críptidos empezó tal y como cabría esperar de él: pegajoso, de un calor apelmazante y aburrido. Sumamente aburrido. Hasta sudar me agotaba y en general en aquel pueblucho venido a más no había nada que me diera consuelo. Sí, bueno, estaba la piscina pública, rebosante de niños de cinco años en el agua y preadolescentes tirados en césped, donde «sombra» y «frescor» eran dos conceptos sin un referente real. Tenía vagos recuerdos de aquella piscina, de los años en los que yo también era uno de los mocosos que salpicaba. No parecía que se hubiese realizado ninguna reforma desde entonces. Ni siquiera de niño me había gustado demasiado ir pero, a mis diecinueve años, a mis padres seguía sin parecerles una opción válida dejarme solo y tranquilo viendo dibujos animados con las persianas bajadas en la que había sido la casa de la abuela. «Ya eres muy mayor para pasarte así todo el día», decían, cuando antes había sido demasiado pequeño, y «¿para qué has venido, para pasarte el día solo y encerrado?», como si no me hubieran obligado a ir con ellos. No les bastaba con arrastrarme a aquella pesadilla de treinta y muchos grados, no, tenía que sufrir.

El verano de los críptidos fue el siguiente a que dejara la carrera después de un primer año horrible y que apenas supiera qué hacer con mi vida. Me había matriculado en un curso de Diseño, lo que había tranquilizado ligeramente a mis padres, pero aun así seguían revoloteando a mi

alrededor constantemente. Entendía que era por preocupación, pero me tenían ya hartos con lo de querer tenerme controlado todo el día. Y así empecé el verano: con mis padres encima, en una estúpida piscina abarrotada en un estúpido pueblo, deseando volver a nuestro estúpido piso sin aire acondicionado. Laura estaba ocupada siendo irritante con solo existir, mi padre hacía crucigramas como si le fuera la vida en ello y mi madre leía un libro enorme, ganador de algún prestigioso premio literario, pero poco adecuado para la piscina. Lo que me dejaba a mí enfurruñado bajo la sombrilla, esperando a que mi móvil encontrara algo de cobertura.

—¿Por qué no te quitas la camiseta y haces unos largos, cielo? —me preguntó mamá, sin levantar la vista del libro. Le lancé una mirada elocuente que ignoró por completo.

—Sabes perfectamente por qué, mamá.

—Venga, aquí nadie te conoce, y tienes que estar asfixiado con... ¡Oh, mira! ¿No es esa Sara? ¡Sara!

Pues mira, parecía que sí que conocía a alguien. Resultaba increíble que la hubiera reconocido después de tanto tiempo, pero es una de esas cosas que las madres son capaces de hacer. Mis padres y los de Sara habían hecho buenas migas un millón de años atrás, en otras vacaciones, y seguían charlando por teléfono de vez en cuando, en Navidad y momentos así. Sara tenía mi edad y aquel año habíamos jugado juntos mientras nuestros padres pedían copa tras copa en la terraza de algún bar. Pero hacía tiempo de todo aquello y por aquel entonces no había redes sociales, así que no habíamos vuelto a hablar.

—¡Hola, Marian! Mis padres me dijeron que veníais este verano, pero no sabía que estabais ya aquí.

—Llegamos hace un par de días, pero no les hemos llamado aún. ¿Te acuerdas de mi hijo?

—¡Claro que sí! Hola, eh...

—Adán. Llámame Adán.

—Ah, guay. Qué nombre más chulo —dijo con una sonrisa—. Oye, si te aburres, ¿quieres venir conmigo y mis amigos? Allí también puedes huir del sol, como Tania. —Señaló un grupito que se encontraba junto a la pared de los vestuarios, donde una chica se apretaba contra la estrecha franja de sombra. Miré a mi madre. En su cara se leía la emoción por la posibilidad de que hiciera amigos, y la promesa de asesinarme a sangre fría si me negaba. Contuve un suspiro exasperado.

—Guay. —No podía ser peor que aguantar las idas y venidas de Laura a recargar su pistola de agua. Su juego actual consistía en disparar lo más cerca de mí que le fuera posible, pero sin apuntarme directamente para que no pudiera decirle nada. A poco bien que me cayeran los amigos de Sara, mi situación mejoraría.

Parecían uno de esos grupos que normalmente ni me miraban, atractivos y sonrientes como personajes de un libro de inglés, pero al ir acompañado por Sara la cosa cambiaba. Había crecido hasta convertirse en una chica bastante guapa, con una coleta rubia despeinada y los ojos un poco saltones. Me fue presentando a sus amigos:

—Estos son Marco, David y Julián —fueron haciendo gestos de reconocimiento— y la que sujeta la pared es Tania. Chicos, este es Adán. Éramos amigos de pequeños, así que portaos bien.

Y la verdad es que lo hicieron. Me hicieron hueco para que pudiera unirme a su partida de cartas e intentaron incluirme en sus bromas. Todos me cayeron bien, a su manera: Tania era diminuta y pálida, con un humor ácido que usaba contra todo y todos; Marco, un chico moreno de rizos negríssimos, que se aburrió pronto del juego y optó por hacer las trampas más absurdas y evidentes que se le ocurrían; David y Julián, gemelos, intentaron varias veces hacerme creer que los confundía a pesar de tener peinados y bañadores totalmente distintos. Me contaron historias de borracheras a cada cual más idiota y acabé riéndome a carcajadas hasta

que me dolieron las costillas. Sara se comportó como si nos hubiéramos visto el verano anterior, con discretas miradas ocasionales para comprobar que no me sintiera incómodo. Casi podía ver la sonrisa satisfecha de mi madre cuando le contara lo bien que había ido.

Para su desgracia, no me parecía mucho a ella. Yo había salido más bien a mi padre, tranquilo y quizás un poco demasiado tímido, pero ella era tan sociable que le parecía increíble que el resto del mundo no lo fuera y se entrometía en mi vida constantemente. «Eres mi niño bonito, mi primogénito», me decía mientras me cubría de besos ruidosos. Yo entendía su preocupación, de verdad que sí, y más aquel año, pero era incansable y pesada y me sacaba de quicio. La que le esperaba a Laura cuando llegara a la adolescencia. Ya comenzaba con ataques de mutismo prepúberes que ponían de los nervios a todo el mundo en casa.

La tarde estaba yendo mucho mejor de lo que me esperaba. Iba ganando la ronda por bastante y me sentía ya lo bastante cómodo como para vacilarles un poco cuando noté algo cayéndome sobre la cabeza. Era una pluma negra y brillante, casi del largo de mi antebrazo. Levanté la mirada al cielo despejado, preguntándome de dónde habría salido, y entonces lo vi. Grité.

—¿Qué cojones es *eso*? —Los chicos siguieron mi mirada al tejado del edificio. Allí, una criatura horrible nos devolvía la mirada. Tenía la altura y vagamente la figura de un hombre, pero estaba cubierto de plumas de la cabeza a los pies. La cara recordaba a un pájaro, con pico y alas, pero desde luego no se parecía a ninguno que yo hubiera visto. Se acuclilló y graznó en nuestra dirección, aunque sonaba más bien como una persona imitando la llamada de un ave.

—Ah. —Julián no parecía sorprendido. Ninguno de ellos estaba ni siquiera extrañado—. Es Señor Cuervo. No te preocupes, es inofensivo si no lo atacas tú antes. Solo persigue perros e intenta llevarse algún bebé o alguna joya,

poca cosa. Mira —lanzó una lata al tejado, a una distancia prudencial de Señor Cuervo. Este avanzó a saltitos hasta ella y la despedazó alegremente con las garras, gorjeando feliz. Julián me sonrió—. Le gustan las cosas brillantes.

No supe qué responder. Aquello tenía que ser una alucinación por el calor. Una alucinación colectiva, a juzgar por las risas de mis nuevos amigos, que le tiraban bolas de papel de aluminio a aquel ser. Pero la pluma seguía en mi mano, suave y tan solo un poco sucia, como un pedazo de pesadilla que se hubiera colado en la realidad. A nadie parecía llamarle la atención en la piscina, ni siquiera a mi familia, que seguía enfrascada en sus actividades como si nada. Que un cuervo antropomórfico gigante se paseara por el tejado de los vestuarios no les parecía digno de mención.

—El año pasado, durante la ola de calor, se metió en la piscina infantil —me contó Sara—. Nadie se atrevía a echarlo.

—Estaría cazando bebés —respondí sin pensar, y todos rieron como si se tratara del mejor chiste del mundo. No había pretendido que lo fuera.

Al cabo de un rato, Señor Cuervo se aburrió de nuestros juegos y se marchó volando. Era una visión terrorífica, que tampoco recibió ninguna atención. Volvimos a las cartas, pero yo fui incapaz de concentrarme de nuevo. A mi cerebro le estaba costando procesar lo que había ocurrido. Perdí estrepitosamente varias partidas y mis bravatas se volvieron en mi contra. Todo seguía igual y no podía comprender que lo hiciera. Cuando Laura vino a anunciarme que nos íbamos a casa me sentí casi aliviado. Recogí mis cosas y me despedí.

—Mañana estaremos aquí otra vez, por si quieres unirme. —Sara sonreía como si lo dijera en serio y se lo agradecí. Visiones extrañas aparte, la verdad es que lo había pasado bien.

—¿Has vuelto a quedar con tus amiguitos? —fue lo primero que preguntó mi madre al reunirme con ellos en la

salida.

—Sí, mamá, he vuelto a quedar con «mis amiguitos» porque tenemos tres años. —Debí de ser demasiado cortante, porque se abstuvo de preguntar nada más. Intenté suavizarlo un poco—. Me han dicho que mañana estarán por aquí. —Pero ahora era ella la que estaba demasiado ofendida para responder con algo más que un gruñido de asentimiento.

—Bonita pluma. ¿De dónde la has sacado? —preguntó mi padre. Ni siquiera me había dado cuenta de que la llevaba aún en la mano.

—Es de Señor Cuervo —me limité a refunfuñar y él asintió como si comprendiera. Pasé el resto del camino en silencio, jugueteando con la pluma entre los dedos.

Cuando sucede algo así, cosas extrañas que no puedes explicar, esperas que el mundo se detenga al menos un poco. Que se mueva un poco su eje. Pero mi madre estaba tendiendo las toallas húmedas, y mi padre empezaba a preparar la cena, y Laura jugaba en el salón, y tanta normalidad me abrumaba. Ni la ducha me consiguió quitar la sensación opresiva de encima, ni el sudor. Refugiado en mi habitación y habiendo recuperado por fin la conexión en el móvil, busqué información sobre Señor Cuervo. No había nada en absoluto. Lo más parecido que encontré fue alguna referencia en Twitter, pero dudaba de si hablaban de la criatura que había visto o de un rapero. A nadie le preocupaba Señor Cuervo.

Me senté a la mesa más frustrado de lo que me había sentido en tiempo. La pluma colgaba ahora del marco de mi ventana y se mecía con la brisa nocturna. Un reportero proclamaba en las noticias que en la playa hacía calor. Alrededor de las farolas del parque frente a la ventana se movía una nube de mosquitos y la sombra de los murciélagos a su caza me provocó un escalofrío. Fue una cena incómoda.

—Nena, te has abrasado —comentaba mi madre—. Tenías que haberte echado crema cuando te lo dije.

—Estaba jugando —respondió Laura con un aplomo que decía que con diez años lo que menos te importa es el dolor de la piel quemada.

—Mañana no debería darte el sol. Podríamos ir al centro comercial.

—Pero yo he quedado —le interrumpí.

—Ah, ¿al final sí? —Su tono dejaba claro que no había olvidado mi mala contestación—. Ya iremos pasado. Mándales un mensaje.

—No tengo su número.

—Y yo que pensaba que era lo primero que hacíais los jóvenes. Bueno, ya veremos —dijo, que era su manera de decir «ni de coña» sin sonar desagradable. Así que me tocaría pasar el día entre montañas de ropa, la película que Laura eligiera y, con suerte, hamburguesa para comer. Un plan que horas antes me habría parecido atractivo, pero que ahora palidecía un poco ante la posibilidad de otra tarde con gente de mi edad. Opté por no quejarme más y mantener la esperanza de que cambiaran de opinión y me senté con ellos a ver la tele. Laura estaba tumbada en el suelo, leyendo un cómic. No me había fijado en lo quemada que estaba. Tenía el cuello de un rojo brillante, aunque había partes menos encendidas.

—Oye, enana, ¿qué tenías encima hoy? Se te ha quedado la marca. —Pasé los dedos por la piel quemada y se sobresaltó—. ¿Algo con letras?

—Ni idea —dijo, sin despegar los ojos del cómic.

—Ponte un poco a la luz, anda.

Ni siquiera bajo la lámpara conseguí distinguir si había algo escrito en su espalda. Laura había pasado el día en bañador, pero quién sabía. Las quemaduras misteriosas no eran lo más raro de aquel día.

Poco a poco, la noche fue limpiándome la sensación de extrañeza del cuerpo. Vimos programas saltando entre

canales, dormitamos, mandé mensajes a los pocos amigos que había hecho durante el curso. No les hablé del Señor Cuervo. Ya casi parecía un sueño.

Lamenté no tener modo de contactar con Sara. No solo por no tener manera de quedar con ella y sus amigos, sino porque eso me dejaba sin nadie a quien preguntar «¿ha sido real?». Me metí en la cama y jugué con el móvil hasta que me dolieron los ojos. En sueños oía la pluma golpear contra la ventana, a pesar de estar cerrada. Dormí mal y descansé poco.



2. No, papá, no quiero una camisa hawaiana

A la mañana siguiente me despertó el sol en la cara y los gritos de mi hermana, que tampoco estaba de acuerdo con pasar el día en el centro comercial. La idea de salir de la cama era de todo menos atractiva. Me dolía el cuerpo entero, el cuello se me había quedado en una mala postura y en general me sentía como si capeara la peor resaca de la historia. No es como si hubiera tenido muchísimas, pero sí las suficientes como para comparar. Todo a mi alrededor parecía nuevo y demasiado brillante, mientras que el día anterior se desdibujaba en mi mente. Los recuerdos eran confusos y absurdos; lo único que parecía real era el olor a pan tostado y el sonido de la televisión. La normalidad de las vacaciones. Aunque continuaba dándome vueltas por la cabeza, salí de mi habitación casi sin pensar en posibles monstruos.

Laura seguía roja como un cangrejo y enfadada con mi madre, pero aun así no le dejé elegir canal. No podía bajar la guardia de hermano mayor dominante o podría malacostumbrarse. Curiosamente no se quejó: se limitó a mirarme con esa seriedad de los niños intentando parecer adultos. De todos modos yo también quería ver los dibujos animados.

Desayunamos mientras mis padres arreglaban «ese desastre de casa, cómo se puede ensuciar tanto en tan poco tiempo, por Dios». Ser adulto, al parecer, conllevaba una necesidad patológica de mantenerse ocupado recogiendo todo el rato. No me veía preparado para afrontar

la vida adulta; prefería seguir viendo una reposición de Hora de Aventuras, pero mis padres no acababan de verlo. Al final tuve que recoger mi habitación mientras Laura se quejaba por tener que ducharse y mis padres discutían. Iba a ser un día en familia divertidísimo.

Cuando salió del baño, Laura tenía el mismo aspecto que una serpiente mudando de piel.

—Dios, qué grima das.

—Adán, no le digas eso a tu hermana y ayúdala a echarse crema —me riñó mi padre desde la cocina. Laura me sacó la lengua y me puso el bote de crema en la mano, orgullosa de esa pequeña victoria. Fingí estar más molesto de lo que realmente me sentía y empecé a esparcírsele con cuidado por la espalda. Era con diferencia donde peor tenía la quemadura pero, a pesar de ello, las letras que me había parecido ver la noche anterior seguían de un blanco inmaculado, como si jamás las hubiera tocado el sol. Quizás fuera el contraste, pero me parecieron mucho más legibles.

—¿«Reclamada por Balgeth»? ¿Qué demonios...?

—Alabado sea —una voz profunda, mucho más grave de lo que mi hermana debería poder emitir, me respondió.

—¿Qué dices? —Aquello me asustó un poco, pero Laura se giró y me miró como si fuera idiota.

—¿Qué dice quién? Yo no he dicho nada.

La miré con desconfianza. Las alucinaciones auditivas existían fuera de las series americanas, ¿verdad? El calor de la piscina o algún material en las tuberías del pueblo me estaba volviendo loco, lo que explicaría que viera pájaros gigantes y oyera voces amenazantes salir de la boca de mi hermana, que se extendía crema por los brazos con total naturalidad.

Debía de seguir mirándola con extrañeza, porque me lanzó una mirada despectiva («qué raro eres») y desapareció en su habitación de un portazo.

—¡Laura, no des golpes! Adán, ¿aún no te has duchado? A qué esperas, venga. —Me quedé con las ganas de

responderle «no sé, mamá, a tener la certeza de que no me he vuelto completamente loco», pero casi podía escucharla diciendo que no fuera tonto y que me duchara de una vez. Me resigné y obedecí. Con un poco de suerte, el día pasaría rápido.

El centro comercial estaba apenas a unos kilómetros, pero parecía pertenecer a otro mundo. Era bastante grande para estar entre Villaverde y la nada más absoluta, solo campos y campos de cultivos eternos. Pasamos lo que quedaba de mañana de tienda en tienda, las mismas que podríamos haber encontrado en casa, pero que parecían ejercer un hechizo irresistible sobre nosotros de vacaciones. Me probé el equivalente al Everest en montañas de ropa durante horas sin apenas quejarme, como un buen hijo, dejándome aconsejar y aguantándome las ganas de criticar cada camisa hawaiana que Dios sabe dónde encontraba mi padre. No podían estar tan de moda, debía de tener un radar.

Hay algo angustioso en los centros comerciales. Tienen esa atmósfera artificial que te crea la sensación de que no pasa el tiempo jamás bajo los fluorescentes. Podrían haber pasado horas o minutos, podría ser cualquier estación del año, solo la ropa de temporada te indicaba vagamente una época. Más allá de los muros blancos podría haber comenzado el apocalipsis zombi, que nosotros no nos enteraríamos y yo seguiría probándome camisas ligeramente anchas de hombros. Perdí contra Laura a piedra, papel o tijera tres veces, así que, humillado, me tuve que conformar con elegir dónde comer mientras ella elegía con precisión quirúrgica la peor película de la cartelera. Mi madre se había pasado toda la tarde insistiendo en volver a por una de las camisas en concreto y al salir del cine claudiqué y volvimos a por ella. Era bonita y sencilla, de un granate oscuro que me hacía sentir elegante.

—Puedes estrenarla esta noche, estás muy guapo
—comentó mi madre, en un tono demasiado casual.

—¿Esta noche? ¿Qué pasa esta noche? —Su sonrisa era terrorífica.

—Cenamos en casa de Sara, ¡sorpresa! —Mi cara debía de ser un poema, porque bajó la intensidad de su sonrisa—. Pensé que querrías ir guapo, ya sabes. Puedes aprovechar para pedirle su número y quedar y eso.

—Mamá, dime que no estás intentando hacer de celestina —gemí. Adoptó un aire culpable, pero estaba claramente encantada—. No me gusta Sara.

—Es pronto para decidir eso. Nunca digas «de esta agua no beberé».

—Ni «este cura no es mi padre». —Papá apareció detrás de nosotros con otra sonrisa idéntica a la de mi madre. Genial. Un complot familiar.

—¿Adán tiene novia? —preguntó Laura. Había conseguido que le compraran unas gafas de sol en forma de corazón en las que me veía reflejado. Lo que me faltaba.

—No tengo novia, no me gusta Sara, y ¿qué haces con las gafas de sol puestas aquí dentro? —Se encogió de hombros.

—¿Y la otra chiquita? La morena con pinta de adorar a Satán —insistió mi padre.

—Por todos alabado —murmuró la voz que no era Laura.

—¿Qué? —la miré alucinado, pero solo me devolvió la mirada mi reflejo, acompañado por un «¿qué de qué?» despectivo. La idea de que se me estuviera yendo la olla volvió a pasarme por la cabeza, pero mis padres no me dejaron concentrarme en ella.

—¡No ha dicho que no! —exclamó mi madre.

—Tampoco me gusta Tania. Aunque os parezca increíble, no voy pensando en liarme con todas las chicas que conozco.

—A tu edad sería lo más normal —dijo papá, como si fuera una verdad irrefutable.

—Vamos a estar aquí, qué, ¿dos meses? No merece la pena.

—Un amor de verano, hijo, como en las películas. Aprovecha.

Todo el viaje desde el centro comercial hasta casa de Sara fue un continuo parloteo de mis padres comentando lo guapo que estaba ese verano y las aventuras que vivieron a mi edad. Para cuando llegamos tenía la cabeza como un bombo y, evidentemente, llevaba la camisa nueva puesta.

Por suerte, y para desasosiego de mis padres, Sara nos recibió en chándal. No sé si realmente esperaban que vistiera sus mejores galas y que nos pasáramos la noche mirándonos arrobados por encima de la mesa, pero no iba a ser el caso.

—Hola, Adán. Hola, Laura. ¿Qué tal? Mis padres están en la terraza, a la cena le quedan diez minutos. —A mis padres no pareció importarles mucho la espera tan pronto como se reunieron con ellos con cervezas en la mano y repartiendo besos a diestro y siniestro. («¡Qué mayor estás, Laura! ¡Y qué guapo...!» «Adán.» «Eso, Adán, lo había olvidado»). Les dejamos poniéndose al día y seguimos a Sara a la cocina.

—Bonita camisa.

—Gracias, mi madre me ha obligado a comprármela.

—Te sienta bien.

—A Adán le gusta tu amiga —nos cortó Laura. Quise matarla—. Lo ha dicho papá.

—¿Te gusta Tania? —Sara torció el gesto. Por favor, que no tuvieran razón mis padres.

—No me gusta Tania. Mis padres se toman muy en serio que tenga vida amorosa. —Puse los ojos en blanco—. No me gusta nadie ahora mismo.

—Que hagan un club con los míos. Nunca les gustan los chicos con la que salgo.

—¿Eso quiere decir que sales con alguien? —Me arrepentí al momento de preguntárselo. Además de poder entenderse por un interés que, para desgracia de mis padres, no sentía, Laura estaba aún rondando, con los ojos llenos de malicia. Demonio pequeño.

Para mi sorpresa, Sara se sonrojó un poco y empezó a jugar con un mechón de pelo. Creía que esas cosas sólo pasaban en las películas.

—No, no exactamente, pero a ver, Marco y yo tenemos algo que, bueno... —lanzó una mirada a Laura, que escuchaba atentamente.

—Laura, anda, ve a molestar a papá y mamá.

—Prefiero quedarme aquí.

—Pero si te vas con ellos, te dejo mi móvil, y si te quedas aquí, no. —Eso pareció bastarle. Extendió la mano para que se lo diera y se marchó a tirarse a un sofá. YouTube volvería a recomendarle basura, pero Sara parecía agradecida.

—Perdona, no me atrevía a decir mucho delante de tu hermana. Mis padres no saben nada.

—Es una bocazas, pero ahora va a estar entretenida hasta que nos llamen a cenar. Probablemente incluso durante la cena. Tengo unas ganas de que le compren un móvil para que deje el mío en paz que ni te imaginas. —Sara rio.

—Gracias por el sacrificio, entonces. No sé, no me parecía bien hablar delante de ella de Marco y de mí. Es... complicado. A mí él me gusta, y creo que yo le gusto a él, y a veces todo es maravilloso, pero...

—¿A veces no tanto? —ofrecí, al verla dudar.

—Discutimos mucho. Y suele aprovechar las broncas para tontear con otras chicas. Este pueblo no es tan grande como para que no me entere. Se supone que no estamos saliendo en serio, pero me molesta igual.

—¿Él sabe que te gusta? ¿Como para una relación de verdad? —Hizo un ruido incrédulo con la nariz.

—¿Sabes cómo se pondría si se lo digo? Es un gallito. Se pasaría una semana vacilándome y no se lo tomaría en serio, así que estaría en las mismas, solo que encima habiendo hecho el ridículo. —Me encogí de hombros.

—A ver, no le conozco de nada, pero igual te sorprende —intenté animarla—. Los tíos hacen mucho eso. Igual está locamente enamorado de ti.

—No es del tipo de chico que se enamora. Es más de los de «nos dimos el lote en la parte de atrás del coche y oye, tampoco me importaría repetir». Justo como les gustan a mis padres. —Puso los ojos en blanco y reímos—. Pero bueno, ahora que no está tu hermana, ¿Tania y tú? —Hizo un movimiento de cejas que supongo que pretendía ser insinuante pero solo resultaba un poco ridículo.

—Tania y yo nada. De verdad que no me gusta. O sea, es muy guapa, sí, pero si te digo la verdad me da un poco de miedo.

—¿Tania, miedo? Qué dices, para nada. Si debajo del maquillaje y de todo el negro a veces late un corazón. —Bufé y sonrió—. Es una lástima, nunca la he visto interesarse por salir con nadie. Tenía cierta curiosidad científica. Pero no creo que seas su tipo. Imagino que le parecieras un crío.

—No puede ser mucho mayor que nosotros, ¿no?

—Te sorprendería. Se conserva muy bien.

—¿Y qué me cuentas de los demás? Ponme al día, quiero anécdotas embarazosas. —No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a los amigos que había dejado en casa y ese tipo de conversaciones. Jamás se lo habría reconocido a mis padres, pero no era lo mismo a través de una pantalla.

—David tiene una novia en la universidad, se conocieron estudiando Enfermería. Lleva desde que volvió quejándose de lo mucho que la echa de menos. Ayer se controló porque estabas tú delante, pero ya verás como coja confianza. Vas a flipar. Y bueno, Julián estuvo saliendo con un chico, pero lo dejaron hace un par de meses, así que ahora está en plan «el amor es para tontos». Es casi la discusión más repetida del verano entre él y su hermano.

—¿Cuál es la más repetida?

—Si seríamos capaces de pescar una sirena sin acabar todos en el hospital —suspiró—. Pero mientras no se les